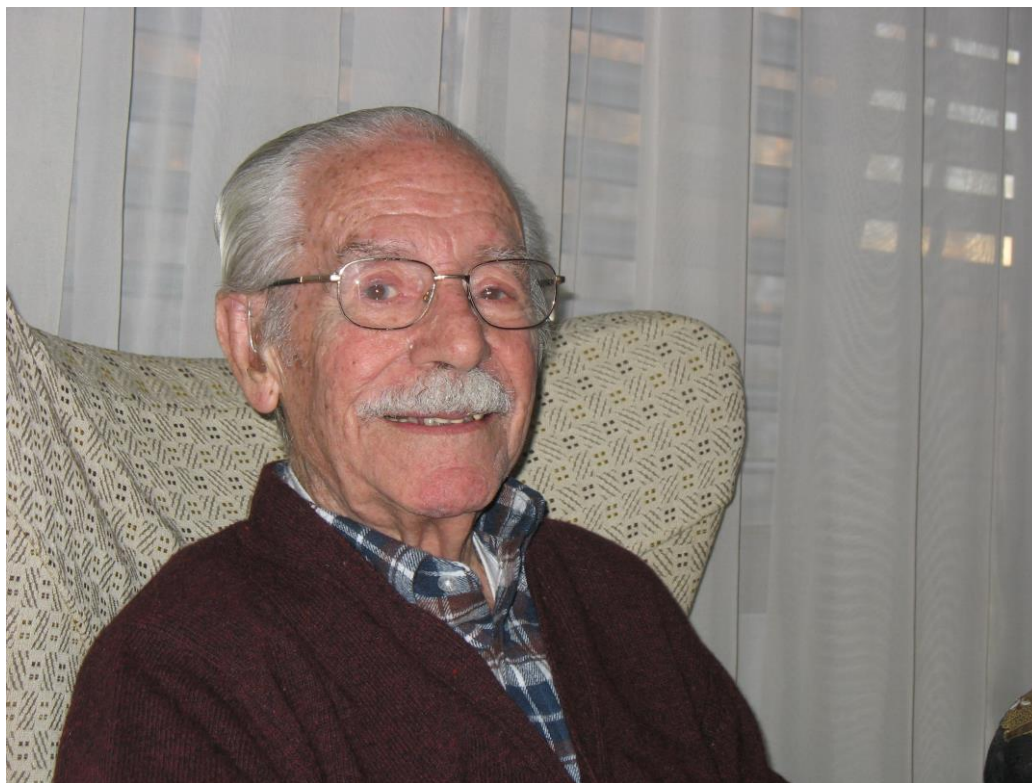


DR. CARLOS A. MIGUES BARÓN

(1916-2014)



Este destacado pediatra y hombre público había nacido el 5 de junio de 1916. Falleció el 11 de diciembre de 2014.

Lo que sigue es el resultado de una entrevista que mantuviéramos en su hogar el 4 de agosto de 2011, para cumplir un amable pedido de la Comisión Honoraria para la Salud Cardiovascular, de la cual fue Fundador y su primer Presidente.

Llegue a sus familiares, correligionarios y amigos, el sentimiento de solidaridad por esta irreparable pérdida.

Conocí al Dr. Carlos Alberto Migues Barón, en 1966, cuando él era Subsecretario del Ministerio de Salud Pública, acompañando al titular de la Cartera Abraham Francisco Rodríguez Camusso. Llegué yo a su cercanía, acompañando como secretario al Dr. Mario C. Pareja-Piñeyro, un destacado médico de Las Piedras, fundador de CRAMI y de FAMI, que fue el antecedente de la FEMI, quien había sido Vicepresidente del Sindicato Médico del Uruguay. A él lo habían

convocado aquel año, que era año electoral, para que actuara como Coordinador Técnico del Ministerio, un cargo inexistente en el Presupuesto, pero necesario para hacerlo funcionar, en tiempos en que el Ministro debía ocuparse, de manera prioritaria, de otras cuestiones. Allí comencé a conocer al Ministerio desde sus entrañas, y también a la burocracia que lo había invadido. Con muchas personas mayores, que venían casi desde el inicio de esa Secretaría de Estado, que tenían mucho conocimiento de la Cartera, y mucho amor a su tarea. En general todos ayudaban a que las cosas salieran adelante, aún las más complejas. Migués Barón era un hombre de una enorme prolijidad personal, siempre vestido en forma impecable, con su cabeza poblada de canas que asomaban en sus sienes. Una eterna sonrisa que iba más allá de la cortesía, para ser un gesto amable hacia el que llegaba a hablar con él o a quien él se dirigiera. Meticuloso, atento, de pocas palabras, pero muy eficaz en su trabajo, muy puntual en sus compromisos. Un auténtico caballero, que guardaba un discreto perfil en aquel Ministerio que revestía un aire de solemnidad. Más adelante, pasados los años, volvió al Ministerio, al retorno de la Democracia, en 1985, para acompañar como Director General de Salud la gestión del Dr. Raúl Ugarte Artola como titular de la Cartera y al Dr. Samuel Villalba como Subsecretario. Uno de los ministerios más homogéneos en la historia del Ministerio, porque junto con el que tocó ejercer a la Ministra Dra. María Julia Muñoz, acompañada de Miguel Fernández Galeano como Subsecretario, con el Dr. Jorge Basso Garrido como Director General de Salud, fueron los Ministerios que tuvieron más larga duración, abarcando el período de la Administración de punta a punta, del primero al último día de gestión. Mientras que generalmente, un ministerio difícil y conflictivo, a menudo era el Ministro y su Subsecretario, los "fusibles" que primero saltaban cuando se recalentaba la instalación. En esa segunda etapa, un Migués Barón más aplomado y maduro, con una larga experiencia médica y como Administrador de Servicios de Salud, en entidades públicas y privadas, estatales y para-estatales, puso de relieve su inteligencia, su capacidad de trabajo, su espíritu sensible y organizado, y abordó temas fundamentales, que hasta hoy permanecen en un discreto silencio. Elaboró un proyecto de Seguro Nacional de Salud, que ni siquiera tomó estado parlamentario, por más que lo presentó a la Bancada de su Partido. Tomó la iniciativa de crear la Administración de los Servicios de Salud del Estado, en la Rendición de Cuentas de 1987, como órgano desconcentrado, luego a partir de 2007, como organismo descentralizado. Tal vez las buenas ideas de Migués Barón no se pudieron plasmar tal cual él las concebía,

porque los intereses políticos y la vieja maña de conservar la autonomía de los servicios y las "chacras" hizo que la Administración fuera de los Servicios de Salud, pero no del Estado, sino de los hospitales del Ministerio de Salud Pública. Los Entes Autónomos y Servicios Descentralizados, siguieron manejando sus propios Servicios de atención médica, el BPS los suyos, lo mismo que la Sanidad Policial y la Sanidad Militar. Pero también por esa época se inició la actividad de formación de Médicos de Familia, en una escala menor, que en su momento fue criticada, pero que ni la Facultad de Medicina, ni cualquier otra organización, había visualizado como que era el camino y la estrategia para cambiar el modelo de atención. La Facultad de Medicina lo integraría a su pensamiento casi doce años después, iniciando el Posgrado y teniendo los primeros Médicos Residentes. Se ocupó de muchas cosas, todas con acierto y humildad. Rodeándose de técnicos bien formados en administración de servicios de salud, jóvenes colaboradores que con los años serían personas del más alto nivel.

Su vocación social, claramente unida a su doble condición de Médico Pediatra y de Administrador de Salud, que no sólo poseía cartones, sino que tenía un alma sensible, orientó sus pasos en dirección a la Fundación Procardias, a la que fue invitado a integrar y luego a Presidir, por el viejo Maestro Roberto Velasco Lombardini. En una actividad social que tuvo honda repercusión en todo el país, sobre todo en el Interior, y que no ha sido justamente valorada en su magnífico esfuerzo para mejorar la atención de los pacientes cardiovasculares. Recordemos que Velasco Lombardini fue el primero en hacer electrocardiogramas en el Uruguay, en la Clínica de Montes Pareja, en el Hospital Maciel, en tiempos que los ECG se hacían con un enorme aparato, seguramente el inventado por Einthoven, y en las tres derivaciones clásicas. Desde ese lugar modesto y alejado del mundanal ruido de la salud, Migués Barón tuvo la idea señera de crear una Comisión Honoraria para la Salud Cardiovascular, siendo redactor del proyecto de ley, junto con una comisión, que finalmente resultó en la aprobación de la Ley de 1994 (Ley 16.626).

La Comisión se creó, durante el final de la Administración del Presidente Luis Alberto Lacalle de Herrera, y comenzó a funcionar en febrero del año 1995. Poco tiempo duró al frente de esa Comisión, apenas un año y medio, porque el nuevo Ministro de Salud lo desplazó rápidamente, y lo sustituyó con el Dr. Orestes Fiandra.

Migues Barón se fue a su casa, aunque había organizado el inicio de esta Comisión Honoraria, siendo su Presidente, secretario y como él lo dijo, hasta barriendo el piso. Tomó a los primeros funcionarios, y es posible que los más antiguos hayan pasado por una entrevista con él, porque no había andamiaje administrativo alguno antes de su llegada. Pero esa es la misión que les cabe a los grandes, a los iniciadores de las grandes obras. Después que ellos ponen la chispa divina del arranque, lo que sigue es cambiar, o seguir, criticar o destruir. Aquí no sucedió eso, afortunadamente, porque por vías indirectas, a través de un viejo amigo común, el Prof. Roberto Rubio, el Dr. Fiandra le consultó diversos temas en los primeros tiempos para entender mejor cómo era este organismo, porque él no tenía formación administrativa y había cosas que no le cerraban.

Migues Barón tuvo la fortuna de nacer en el medio del campo, en una casa de campo a tres leguas de Migues, un pueblo que lleva su apellido porque fue fundado por un antepasado suyo, don Gregorio Migues, en tiempos del Presidente Dr. Bernardo Prudencio Berro (1860-1864). Fue el último de cinco hijos que tuvo el matrimonio de sus padres, y perdió a su padre cuando tenía tres años. Su madre tuvo que sacar adelante la familia, trasladándose a Montevideo, administrando su campito, y hasta resistiendo a los atracos, de aquella época, a punta de revólver, en el modesto barrio montevideano de La Comercial. Se formó Migues Barón en la Escuela y el Liceo Público, ingresando a la Facultad de Medicina, a mediados de la década del 30. Trabajó intensamente en la Asociación Española, siendo uno de sus primeros Practicantes Internos, cuando era una pequeña institución, y allí hizo carrera a lo largo de las décadas, como Pediatra y como Director de Servicios. También hizo lo propio en Asignaciones Familiares, donde trabajó mucho como Pediatra y le tocó dirigir importantes servicios materno-infantiles. Fue Legislador entre 1955 y 1959, teniendo el orgullo de haber votado la Ley Orgánica de la Universidad. Pero también conoció a los mayores exponentes de la Pediatría nacional, como el Maestro Luis Morquio, Roberto Berro García, y sobre todo a Juan José Leúnda, que habiendo sido médico de Migues, fue un legendario y recordado Jefe del Servicio de Infecciosos del Hospital "Dr. Pedro Visca". De todos ellos tiene recuerdos entrañables.

Formó su familia cuando ya era un hombre hecho y derecho, contrayendo matrimonio luego de un largo noviazgo, al uso de la época, con visitas regimentadas y muy vigiladas, en 1958, con la

señora Clarita Tafernaberry, con quien tuvo tres hijos varones, que con sus matrimonios les dieron siete hermosos nietos. Ninguno siguió Medicina, salvo una nuera que es Pediatra.

Gran lector, investigador de la historia, cultor de la literatura, tiene una hermosísima biblioteca, donde atesora los mismos libros de aquellos autores con quienes fueron a aprender en Francia y Alemania Morquio, Berro y Bonaba, los forjadores de la Escuela Pediátrica Uruguaya.

Su adhesión al Partido Nacional estuvo siempre junto al sector que lideró Wilson Ferreira Aldunate, cuyo retrato al óleo ocupa un sitio de destaque, como su poncho blanco con franjas azules, en el living de su residencia, junto a los recuerdos más entrañables de sencillo hombre de campo.

A sus 95 años, tiene la frescura de los recuerdos, la simpatía que le acompañó toda su vida, el amor por la familia y el cultivo de la amistad, que mantiene con los muchachos de su edad, con quienes sigue en permanente contacto, al corriente de los sucesos del día.

Seguramente, este homenaje que con toda justicia ha dispuesto la Comisión Honoraria para la Salud Cardiovascular, hace honor a un ciudadano ejemplar, que sin otro interés que mejorar la prevención de nuestra primera causa de muerte, se preocupó y vio en la creación de este proyecto, un camino virtuoso para lograr esa ansiada meta.

Por eso debemos agradecerle esa vida consagrada a la ayuda social, buscando mejorar la salud de la población, sin buscar protagonismos. En silencio, pero con eficacia, que es lo que importa. Él armó esta comisión desde los primeros borradores, concibió la idea, la llevó adelante, ganó adhesiones en tiempos políticos difíciles, consiguió que la ley fuera aprobada, y fue quien puso en marcha la Comisión. La deriva política, que es peor que la deriva continental, porque mueve no placas tectónicas, sino pertenencias que son el uso de la libertad de cada uno, lo desplazó en su momento, de la obra que él había concebido, con desprendimiento y sabiduría. Tomando el modelo de la Comisión Honoraria de la Lucha Antituberculosa, de la que también tomamos el modelo para la Comisión Honoraria de Lucha contra el

Cáncer. Como también lo tomó la Comisión Honoraria de Lucha contra la Hidatidosis.

Las Comisiones Honorarias, en Uruguay, cumplen funciones concretas y específicas, que en otros países asumen íntegramente los Ministerios de Salud. Pero aquí se ha encontrado esa vía, honorable y eficaz, para asumir tareas que las pesadas burocracias no pueden cumplir, enzarzadas en otras ocupaciones. Así se hace la patria. Por eso, hay que agradecer y reconocer eternamente la idea luminosa de este hombre, con la sencillez del hombre de campo, con el amor por la Humanidad y por ayudar a sus semejantes, por su formación de salubrista, la iniciativa de llevar adelante esta Comisión, que ya tiene 16 años de creada, y que seguramente cumplirá, en el futuro, las metas que se propusieron en su Ley de creación.

¿Cuándo y dónde nació?

Nací en Migueles (Departamento de Canelones) la casa de campo de mis padres, el 5 de junio de 1916. Hasta los cinco años estuve allá, después nos vinimos a Montevideo. Mi padre era Balbín Migueles, un joven revolucionario, que se instaló en una casa de campo muy bonita, que disfrutamos todos, los muchachos sobre todo. No nació en el pueblo, sino en la campaña. Estaba a menos de tres leguas del pueblo. Migueles se llama así por don Gregorio Migueles, que era muy amigo del Presidente Bernardo Prudencio Berro, que tuvo su mandato entre 1860 y 1864. Él se acercó a Berro y tuvieron muy buena relación. Entonces le pidió que instalaran una capilla en ese pueblo, y un cementerio, porque había una población de vecinos importante. Cuando mi padre falleció, yo tenía unos tres años, era el menor de cinco hijos, tres varones: el mayor y el segundo, luego dos niñas; yo fui el menor. Mi madre que era una mujer de carácter, muy enérgica, se vino a Montevideo con todos nosotros. Nosotros nos criamos allá a puro campo, haciendo todas las peripecias de los muchachos de campo, embarrados, cerca de la tierra, pero muy felices. Mi padre murió muy joven; era muy dinámico y muy querido, tengo todavía los recortes de los periódicos que hablaban muy bien de él, de su hombría de bien. Había sido Alférez del Ejército de Aparicio Saravia, en 1904. Se escapó de la casa, cuando el padre no quería que se fuera a la guerra, porque si no, no quedaban varones en la familia y en la casa. Se plegó al Ejército de Saravia en el batallón de Matías Trías, que era un viejo estanciero de Migueles, que sabía de cualquier cosa menos de

guerra. Al final Aparicio le dio el título de Comandancia de la División de Canelones. Don Matías Trías era un viejo paisano, con mucho ascendiente sobre la gente, y cuándo él pegaba un grito, la gente se congregaba y se ponía a la orden. Cada cumpleaños invitaba a todos los paisanos del pueblo, y venían de otros departamentos. En esos festejos reunía una cantidad de gente muy importante, que iban también de Montevideo, Washington Beltrán, y otras figuras del Partido Nacional. Ese hombre hacía encerrar en la fecha un corral lleno de novillos, de los mejores, para carnear y tener al otro día el manjar para ofrecer a sus convidados. Mi madre era hija de un comerciante de Tapia, cerca de Migueles, quien era compadre de Matías Trías, y se reunían para jugar al "solo" con don Zenón Burgueño, que era el médico del pueblo de Mosquitos, lo que hoy es el Pueblo Dr. Francisco Soca. Mi madre administraba el campito que nos quedó. Una mujer enérgica, muy sensible, pero nos crió a todos con sacrificio. Cuando vinimos a vivir en Montevideo, soportó dos asaltos a la casa, porque quisieron entrar revólver en mano, y ella los enfrentó, y al final salió con la suya, se fueron. Eso fue en el barrio La Comercial.

¿Dónde hizo la Escuela y el Liceo?

Los hice en Montevideo, en la Escuela Nro. 15 de la calle La Paz, hasta 4º. Grado. Allí pasé a la Escuela Ecuador, en la calle Angel Floro Costa, cercana al Palacio Legislativo, donde cursé desde 5º. Año. Allí el maestro mío era un tío mío, muy buen maestro. Hice allí 5º y 6º, ingresando posteriormente al liceo Miranda, también en la misma zona.

¿Cómo surgió la vocación por la Medicina?

Uno siempre a esa altura, sobre todo en el campo, admira al médico que viene a ver los niños y les toca la barriguita. Eso es característico. Hay cosas curiosas. Yo nací en la casa de campo, y el parto lo atendió doña Natalia, una paisana, que se arremangaba, tenía una palangana con agua caliente, y así vinimos todos al mundo, en la casa. Vivíamos sanos criados en el medio del campo, en ambiente natural, tirándole piedras a los pájaros y haciendo las travesuras propias de la edad.

¿Qué médicos había allá, en Migueles?

Los médicos de Migueles fueron un grupo de gente que se valoró verdaderamente. Uno de ellos fue Juan José Leúnda, que después fue

jefe de servicio de infectocontagiosos del Hospital "Dr. Pedro Visca". Leúnda fue el más conocido de todos.

¿En qué año entró a la Facultad?

Tenía alrededor de 19 o 20 años, alrededor del año 1935 o 1936.

¿Quiénes fueron sus Maestros en Medicina, en la Facultad, a quiénes recuerda con más cariño?

Leúnda que me reconocía como hijo de una familia que él estimaba, me estimuló mucho, en los años que hice Pediatría en el Hospital "Dr. Pedro Visca". Tuve como maestros de Clínica Médica a don Julio C. García Otero, en Cirugía a Horacio García Lagos, en Obstetricia a don Juan Pou Orfila. En Anatomía estaba ya Humberto May. Y como ayudante de él estaba el "Negro" Domínguez (Carlos Domínguez, que fue profesor de Anatomía Patológica). Tenía en el museo un frasco con la aorta perforada por una bala con que Batlle mató en el duelo a Washington Beltrán. En el sótano tenía el museo y allí nos mostraba esas piezas anatómicas.

¿Cómo se inclinó por la Pediatría?

Yo tenía mucho amor por los chicos; Leúnda tuvo mucho que ver. Pero yo conocí a Luis Morquio y a Roberto Berro, oí algunas de sus clases, aunque yo no era todavía alumno de Medicina, porque había comenzado a ir a un laboratorio de Física Médica que había en el Hospital Pereira Rossell, desde que estaba en Preparatorios, para ir aprendiendo a hacer algo. Y allí pude conocer a aquellas grandes figuras. Que no solamente tenían una gran formación y competencia profesional sino que le dieron a la Pediatría un profundo sentido social. Preocupándose por los problemas de la infancia, como lo hizo Morquio y el propio Berro, que contribuyeron a formar el Instituto Interamericano del Niño, y el último de ellos, a fundar el Consejo del Niño del que fue su primer Presidente y Director.

¿Hizo el Internado?

Yo ingresé como Practicante Interno a la Asociación Española, en sus primeros tiempos. Allí hice casi toda mi carrera profesional, ocupando todos los cargos que podían pensarse razonables. Director de Servicios, de Atención Domiciliaria, etc. Eso no me permitió hacer carrera docente, porque estaba muy ocupado en la parte asistencial. Con una vocación de administración también, con tareas bastante absorbentes. Al mismo tiempo estuve como Pediatra en Asignaciones

Familiares, y ahí también el desempeño de varios cargos. Organicé la pediatría domiciliaria, fui director del Hospital Canzani y de la Caja No. 35, que estaba en la Avda. Rivera casi Pablo de María.

Hablamos de que conoció a Roberto Berro. ¿Tuvo ocasión de recibir clases clínicas de él?

No, no. Era un hombre muy respetuoso, iba al hospital honorariamente, saludaba, siempre muy amable y atento, sin precipitación para nada, un hombre de una bondad extraordinaria. Mantuvo una policlínica por vocación, en forma totalmente honoraria, para no alejarse de la asistencia. Fue además un personaje político, en tiempos que Herrera mandaba. Creador del Consejo del Niño y del Código del Niño. Sucedió a Morquio en el Instituto Interamericano del Niño. Tuvo una gran gravitación en el desarrollo de la Pediatría en el Uruguay, tanto desde el punto de vista médico como social. Esa mirada social que tenían los pediatras, venía de la época de Morquio, y esa fue su Escuela. Las famosas clases del Pereira Rossell, del anfiteatro del fondo, donde había un gran cuadro con toda la Escuela de Morquio, hecho en Francia. Estuve merodeando, mirando, asistiendo a algunas clases, aunque no era todavía estudiante de Medicina. Pero luego me quedé en el Pereira Rossell e hice Pediatría. Era una época muy pero muy linda, no sólo porque se obtenían buenos resultados, sino porque se basaba en una convivencia espléndida entre la gente. No había mala intención. Era la Medicina con un señorío diferente.

Cuando yo paso por el pueblo de Suárez, en Canelones, y veo el "Reformatorio" como le decían antes, me acuerdo cuando pasaba el Ferrocarril y veíamos las luces de ese Reformatorio, que era el término que se empleaba entonces. Berro hizo una gran transformación de esa Colonia, que hoy lleva su nombre. Pero lamentablemente ahora está muy mal atendida. Terminé la carrera, obteniendo el título de Médico Cirujano el 5 de diciembre de 1952.

En 1956, siendo Usted integrante de la Cámara de Representantes, en ocasión de los homenajes que se tributaron al Dr. Roberto Berro García (1886-1956) con motivo de su fallecimiento, pronunció Usted estas palabras:

Carlos Miguez Barón, diputado, médico y pediatra, que con los años sería Subsecretario del Ministerio de Salud Pública, pronunciaría

estas palabras: "Señor Presidente: deseamos que nuestra palabra también se una a la de los colegas que han expresado su dolor por la desaparición del doctor Roberto Berro. Lo hacemos con el sentimiento que nace de quien ha sido su discípulo, de quien ha oído la rectoría de su voz y de su apostura desde las aulas universitarias. Lo hacemos evocando a Roberto Berro como profesor y como maestro; lo hacemos evocando aquella vieja y serena figura que concurría a las aulas a impartir no solamente una sabiduría académica, que volcaba en toda su potencia, sino una serenidad personal, una honradez que se traducía a través de sus ojos y una bonhomía que no sólo llenó el ámbito de su aula, sino que trascendió a todos los ambientes de la República y aún de América.

Y quiero dejarlo expresado, porque Roberto Berro fue un hombre a quien América entera debe su agradecimiento; creador del Código del Niño, de un código del niño que sustentó todas las normas de asistencia infantil en toda América.

Su orientación rectora, su sentido para encarar la asistencia social del niño, sirvieron de modelo en todos los países del continente americano.

Así fue que durante su intensa actuación en esa materia fue reconocido unánimemente por todos los pueblos americanos como Presidente Honorario de la Comisión Panamericana de Protección a la Infancia.

Roberto Berro llega a la acción pública como integrante y representante de una estirpe de fundadores y de héroes. Descendiente de Bernardo Prudencio Berro, gran constitucionalista, hombre que fundamentó en una época aciaga de la historia de la República, una honradez y un sentido de estructuración institucional que fueron un ejemplo.

Bernardo Berro fue el fundador de esta estirpe gloriosa en nuestra historia, estirpe que tiene episodios de corte épico a través de las vicisitudes de nuestras luchas civilistas. Recordemos como los Berro han sido siempre deudores y cultores de una tradición de honorabilidad y de honor nacional que era patrimonio fundamental, podríamos decir de la familia de los Berro. Recordamos aquella anécdota de corte espartano del coronel Berro en la revolución de 1904, asistiendo a la inhumación de los restos de su hijo, un imberbe de 16 años que caía en holocausto de lo que entendía las libertades de su patria, despidiéndolo con las siguientes palabras, profundas y

trascendentales: "Hijo mío": que todos los que llevan tu nombre lo sepan honrar como lo has honrado tú". Estas expresiones nos llegan a través del tiempo con tintes épicos. Y Roberto Berro, representante de aquella vieja estirpe, no solamente le brindó a su patria la honorabilidad, el sentido de pundonor patriótico que era su característica, sino lo otro, el tesoro de su bonhomía, el tesoro de su sentido cabal de entender la vida para hacer el bien, que lo llevó a ser reconocido como una de las personas más influyentes en el bienestar de la niñez. Recordamos todavía su figura serena en aquel viejo cuadro del anfiteatro de la Sociedad de Pediatría.

Fundador, con el Profesor Morquio, con Bonaba, con Leúnda, con todos esos meritorios gestores de la escuela uruguaya de Pediatría, que luego hizo caudal en el conocimiento de la ciencia americana, Roberto Berro fue un pilar en nuestra ciencia pediátrica.

Por eso debía decir estas palabras que trasuntan no solamente un homenaje de este Cuerpo público a un hombre, sino de quien se ha sentido devoto de su palabra, se ha sentido abstraído por la serenidad de su gesto y se ha sentido además un poco su prosecutor de las disciplinas habituales de la ciencia enorme y maravillosa que fundara el Profesor Roberto Berro."

Usted tuvo mucha actividad pública. ¿Qué puede contarnos?

Estuve integrando una lista del Partido Nacional, la Lista 2, con Luis Vidal Zaglio. Nosotros con él trasmitíamos fútbol por radio desde el Estadio Centenario. Él era comentarista de la primera división, y yo hacía el comentario de la Reserva. Trasmitía los comentarios, y algún amigo me hacía la crítica, diciendo: "No, tú no tenés que decir lo que hacen, sino cómo juegan, qué opinión tenés". Vidal Zaglio hizo primero una lista, él iba en primer lugar, yo lo acompañé en el segundo. La primera vez salió sólo él. En la segunda legislatura entramos los dos. Fue en el período 1955-1959, la única vez que ocupé una banca en el Parlamento. Fue en la época en que se aprobó la Ley Orgánica de la Universidad, que yo voté.

¿Qué le dejó la actividad parlamentaria?

En realidad mi actividad no fue muy prolongada, porque tuvimos desavenencias con Vidal Zaglio, no nos entendimos en algunas cosas, se hizo la lista de él, y a mí no me puso. Integré sobre todo la

Comisión de Legislación del Trabajo, como secretario, siendo el Presidente el diputado de la Unión Cívica, el Dr. Tomás G. Brena. Como en la siguiente elección no ingresé, me dediqué por entero a la actividad profesional médica.

Entonces volvió a la actividad pública en el MSP, cuando ocupó la Subsecretaría del Ministerio.

Exactamente, nosotros acompañamos a Francisco Rodríguez Camusso, que fue el ministro que sustituyó al Dr. Aparicio Méndez, que había tenido todo el problema con la reaparición de la rabia en el Uruguay. Entonces hicimos mucha tarea en el combate de esa enfermedad, con ayuda de un experto francés que vino, y también con una gran ayuda que nos dio la Organización Panamericana de la Salud.

Además me gusta mucho la Historia, y en estos últimos tiempos estuvimos haciendo unos estudios sobre la Historia del Siglo XIX, con el Dr. Chiancone, que me dijo que te mandaba sus saludos. Con él tenemos un grupo de trabajo histórico, en profundidad, publicamos algunos artículos.

Con anterioridad a mi pasaje por el MSP, estuve como Director de Higiene de la Intendencia Municipal de Montevideo, en los tiempos que conducía Daniel Fernández Crespo, y trabajamos muy fuerte. Mi amigo el Ing. González, que trabajó en el mismo tiempo, fue quien tuvo la idea de construir el Viaducto en el Paso del Molino, para evitar choques de los trenes, que debían pasar por abajo, con los vehículos que transitaban la Avenida Agraciada.

En el MSP estuve como Subsecretario, y esa campaña antirrábica fue muy importante. Fue muy exitosa. La OPS nos ayudó mucho con donación de elementos para la Lucha Antirrábica, con camionetas y demás. Estaba al frente de la campaña el Dr. Leonel Pérez Moreira, que era un médico muy activo. Un gran muchacho. Y en algún momento, que Rodríguez Camusso salió al exterior, me nombraron Ministro Interino.

¿Cómo volvió al Ministerio cuando la vuelta a la democracia, con los Dres. Raúl Ugarte Artola y Samuel Villalba, como ministro y subsecretario?

Volví con ellos como Director General de Salud, entre 1985 y 1990.

Allí se hicieron unos cuantos proyectos, incluso alguno de Seguro Nacional de Salud.

Sí, si. Hicimos tres proyectos de seguro de salud, que los presentamos a la Bancada del Partido Nacional, pero que no fueron tratados. Trabajamos mucho con el Dr. Juan León Morelli. Nos reunimos un conjunto de compañeros y tratamos de llevar adelante el proyecto.

Hicimos algunos trabajos de trascendencia internacional.

Estábamos muy vinculados al Representante de la OPS/OMS, que trabajamos mucho y nos apoyó mucho. Luego fuimos invitados a concurrir a Washington DC, a visitar la Sede de la Organización, en un magnífico edificio obra de un arquitecto uruguayo, Román Fresnedo Siri. Allí participamos en diversas reuniones de la Organización, como representantes de Uruguay, lo mismo que en Ginebra, concurriendo a las Asambleas de la Organización Mundial de la Salud. Trabajamos mucho con la OPS, tratando de llevar la tecnificación a la Medicina, pero con un enfoque social.

Integré una Comisión Honoraria de Control para la Erradicación de la Diarrea Infantil, donde estaba el Prof. Alfredo U. Ramón-Guerra, y que me tocó presidir. De modo que fue una actividad muy laboriosa, pero se realizó mucha obra. Lo que se está recogiendo ahora con el descenso de la mortalidad infantil, viene desde muy lejos, con aquellas campañas contra la diarrea infantil, con la instalación de los primeros centros para rehidratación de los niños, luego para recuperarlos de los trastornos respiratorios, el Plan Aduana, y demás. La preocupación de los Pediatras por los problemas sociales, comenzó con Morquio y Berro. Allí nació la UCIN, que instalaron Alfredo Ramón-Guerra con Mauricio Gajer. Eso trajo un cambio histórico, porque permitió un descenso histórico de la mortalidad infantil.

¿Cómo surgió la idea de la Comisión Honoraria de la Salud Cardiovascular? Usted fue un poco el ideólogo, el creador de ella.

Fui el redactor, presidente, secretario y a veces limpiador del local, en los primeros tiempos. El asunto de la CHSCV, viene porque yo fui Presidente de la Fundación Procardias, llevado allí por el Dr. Roberto Velasco Lombardini. Él era un hombre que organizó una gran obra social muy importante para los cardiópatas, pero llevó médicos cardiólogos a todos los departamentos. La Fundación hacía talleres de encuadernación y otras tareas útiles para la comunidad y para los pacientes que no podían trabajar en otra cosa. La gente se recordaba,

muchos años después, de la visita semanal que hacían esos cardiólogos, y lo bien que trataban a los pacientes. Tuvo presencia en todo el país, a través de delegados, y se organizaban las giras de esos cardiólogos, con tarea que fue muy elogiada. Velasco Lombardini innovó en una cantidad de cosas. El hecho fue que, en octubre de 1993, me nombraron Presidente de la Fundación Procardias, y trabajé tal vea como no lo hice en otro sitio, como con el amor que le puse a esa Fundación, con el asesoramiento del propio Velasco Lombardini, haciendo lo mejor posible. Ella fue el origen de la Comisión Honoraria de SCV. En las reuniones periódicas que teníamos en la Fundación Procardias tratábamos los problemas más a nuestro alcance. Pero vino un médico de la Sociedad Uruguaya de Cardiología, a pedirnos que Procardias contribuyera con dinero para hacer una investigación. Pero nosotros no teníamos dinero. Y le dije: Lo que podemos hacer es empezar a trabajar para ver si podemos hacer una Comisión Honoraria, parecida a la de la Lucha Anti-Tuberculosa. Ese fue el modelo sobre la cual desarrollamos la tarea de elaboración del proyecto. Constituimos una comisión en el Ministerio, reuniendo a todas las instituciones que pudimos, y resolvimos hacer un proyecto, tomando como modelo el de la CHLAT, para desarrollar la prevención cardiovascular, dado que el 40% de las muertes en Uruguay eran de ese origen, y naturalmente que nos preocupaba. Y pusimos todo el empuje en ello. En eso trabajamos un tiempo largo, integrando la Comisión del Programa Prioritario de Enfermedades Cardiovasculares del MSP, desde 1994. El Secretario era el Dr. Manuel Bianchi, que puso mucho entusiasmo en la tarea. Afinamos varios proyectos y se llevó el texto al Parlamento, que luego de mucha conversación con los legisladores, terminó siendo aprobada como Comisión Honoraria Para la Salud Cardiovascular, Ley No. 16.626, en febrero de 1995.¹ Una vez que el proyecto estuvo hecho, lo llevamos al Ministro, que lo aprobó y lo envió al Parlamento. Había algunos amigos en el Parlamento, que nos ayudaron un poco. Uno de ellos, fue el Senador Carlos Julio Pereyra. Después de mucho luchar con los legisladores, que a algunos les interesaba, y a otros no les interesaba nada, logramos la aprobación de la Ley.

¿Cuántos años estuvo como Presidente de la Comisión?

¹ Véase texto de la ley y trámite parlamentario en: <http://www.parlamento.gub.uy/leyes/ AccesoTextoLey.asp?Ley=16626&Anchor=> (Consultada el 06.08.2011).

Poco tiempo. La CHSCV tomó un vuelo muy importante. Además tenía por la ley recursos muy importantes asignados para su funcionamiento. Logramos alquilar una buena casa en Pocitos para desarrollar la actividad. Llevamos técnicos en las distintas áreas de la salud cardiovascular, en epidemiología y estadística, etc. Nombramos una comisión integrada por representantes de diversas instituciones que la integraban. Nos reuníamos cada quince días, y siempre con la intención de luchar contra los factores de riesgo. Tuvimos mucho éxito, contamos con apoyo de Cardioaspirina de Bayer, que nos ayudó mucho. Comenzamos a organizar la Primera Semana del Corazón, con caminatas, en las que participábamos los integrantes de la comisión también. Una actividad comunitaria que era muy importante. Trabajamos a pleno. En ese tiempo no había Director Ejecutivo, el que hacía la tarea era yo, que me ocupaba todo el tiempo, lo que tenía repercusiones familiares. Hasta que vinieron las Elecciones, cuando la segunda presidencia del Dr. Julio María Sanguinetti, designó como Ministro de Salud Pública al Dr. José Alfredo Solari, y con él parecería que no teníamos muy buenas relaciones. El hecho fue que dispuso el cambio del Delegado del Poder Ejecutivo. No podían tener esa sede que habían alquilado, tenían que volver al Ministerio con todo. Solari era un hombre de carácter raro. Me hizo una interpelación en el propio Ministerio: "¿Cuánto gasta Usted en la Comisión esa?" "¿Qué se hace en esa Comisión?" "¿Cuánto sale el mantenimiento del edificio?" En consecuencia, vino la resolución del Presidente de la República, que le hizo caso a él y me destituyó a mí. Me dolió mucho, porque habíamos puesto el alma y algo más en la solución de los problemas de la salud cardiovascular, que era una obra de buena repercusión social, con un buen equipo de colaboradores. Y no era por falta de recursos. La relación con la OPS era excelente, y nos ayudaban lo más que podían. No vivíamos en una situación floreciente, pero estaba en sus comienzos, en pleno funcionamiento. Con todas las garantías de una ley promovida y estimulada por el Poder Ejecutivo. Era un hombre, Solari, de carácter muy difícil, y mentalmente no muy sano. Tuvo incluso algún episodio, alguna crisis en el MSP, que tuvo que ser auxiliado por los funcionarios. A mi me tomó como un enemigo personal. Creo que había yo opinado de algo que a él no le gustó, sobre la actividad del Ministerio, y en cuanto pudo vino y me sacó del cargo, que por otra parte, era totalmente honorario.

Y ahí fue que designaron al Dr. Orestes Fiandra.

Exactamente, Fiandra, un hombre estupendo, brillante, pero que no tenía capacidad administrativa para encarar una labor de ese tipo. Fiandra le mandaba decir por Roberto Rubio, que era muy amigo y venía muy seguido a casa, y su cubría un poco, porque había cosas con las que él no estaba de acuerdo, pero quería saber cómo eran. Con Rubio, que ahora no anda muy bien de salud, y no sale de su casa, tenemos un contacto en común, que es el peluquero. Él tiene dos años menos que yo, es de 1918.

Cuénteme algo de la familia que Usted formó, de su familia.



Empezando por la señora, porque sin ella no hubiese hecho nada. Nos casamos con Clarita en el año 1958, ya estaba un poco maduro. Al poco tiempo nació mi hijo mayor, Carlos. Él nació cuando vivíamos en la calle Urquiza. Luego nos mudamos al apartamento de Jaime Zudáñez, donde estamos ahora. Él es ingeniero hidráulico, luego vino Jorge que es Arquitecto y pintor, profesor en la ORT y vive aquí cerca, y el menor que es Ingeniero Economista y se ocupa de proyectos. El Ingeniero hidráulico vive en Shangai, donde se ocupaba de la red de abastecimiento de agua de la ciudad. Ahora va a pasar a vivir a Corea para ocuparse del agua industrial. El menor, el Ingeniero economista,

vive aquí y en España, porque lleva adelante proyectos allá, y pasa 15 días en cada extremo. Hacen cálculos para países. La semana pasada estuvo en Arabia Saudita. Tenemos siete nietos, el mayor de los cuales tiene 21 años. Ninguno de mis hijos tomó para la Medicina. Sólo una nuera es médica pediatra, la esposa del mayor.

¿Cómo conoció a su esposa, a doña Clarita?

Como se conocían antes los novios, en las reuniones familiares, en unas bodas de plata de unos primos míos, que eran muy amigos del padre de ella también. Estuvimos seis años de amores, y luego nos casamos hace 53 años. Nos conocimos bailando la "Raspa", en el tiempo de Xavier Cugat. Eran otras épocas, nosotros éramos novios muy controlados. Durante las visitas, don Juan Tafernaberry, el padre de Clarita, se paseaba, mientras estábamos en el sofá, de visita de novios. Son de los Tafernaberry que se asentaron en Artigas, Salto y Tacuarembó. Los familiares de la esposa quedaron por Tacuarembó, en Piedra Sola. Los hijos nos han dado muchas satisfacciones y son muy consecuentes con nosotros.

¿Qué perspectivas le ve Usted a la salud en el Uruguay de hoy?

Primero, la Salud Pública, en la época tradicional nuestra, no hacía cosas porque no tenía recursos. Había cuatro divisiones en el MSP: la División Higiene, la División Asistencia, que era la que llevaba la mayor porción del presupuesto porque atendía la red de hospitales del Ministerio, la División Técnica que era la que controlaba el registro de títulos de las profesiones de salud, y la División Administración. Cuando estuve como Director General de Salud, desde 1985 a 1990, con el Ministro Ugarte, pensamos que debíamos independizar la administración de los hospitales, en una unidad autónoma, despegada del Ministerio, y creamos ASSE (la Administración de Servicios de Salud del Estado). Pensando que con ello centralizaríamos en un mismo organismo la totalidad de las entidades prestadoras de servicios no solo del MSP, sino de los otros organismos estatales, que estaban dispersos. Eso es lo que salió en la Rendición de Cuentas de 1987, como servicio desconcentrado. Con el propósito de separar un poco la burocracia ministerial, y jerarquizar la administración hospitalaria, y que funcionara la Administración (ASSE) en el edificio que había dejado la Asociación Fraternidad, que había quebrado. Eso

no funcionó, porque en definitiva ASSE quedó sólo con los servicios del MSP, que lamentamos mucho, pero quedó así.

Y ahora nos dedicamos a disfrutar lo que podemos de la vida, de la familia, que está un poco diseminada en el mundo; primero para estudiar y luego para el trabajo.

¿Lee mucho Usted?

Ahora no leo mucho, porque la visión no me favorece. La letra chica me cuesta mucho. Lo que sigo estudiando es la historia del Partido Nacional, y todo lo relacionado con Aparicio Saravia.

Veo que tiene una biblioteca muy nutrida. Con libros de Medicina abundantes y clásicos, literatura, y mucha historia.

Dr. Antonio L. Turnes

12 de diciembre de 2014